

ASCOT.—¡Hija mía! ¡Hija mía! (CECILIA se dirige hacia GRESFORD. Éste la besa melancólicamente en la frente.)

CECILIA.—¿Qué ocurre, tío Juan? Vamos, ponga usted una cara más alegre. Parece como si tuviera usted dolor de muelas. ¡Si supiera usted la sorpresa que le aguarda! ¿Quién cree usted que está en el comedor? ¡Su hermano!

GRESFORD.—¿Quién?

CECILIA.—Su hermano Ernesto. Hará media hora que llegó.

GRESFORD.—¿Qué disparate! Yo no tengo ningún hermano.

CECILIA.—¡Oh, no diga usted que no! Por mal que se haya portado con usted en el pasado, no por eso deja de ser su hermano. No es posible que tenga usted tan poco corazón que vaya a renegar de él. Voy a decirle que venga, y se reconciliarán ustedes, ¿verdad, tío Juan? (Echa a correr hacia la casa.)

ASCOT.—¿Agradable sorpresa, eh?

MISS PRISM.—Después de habernos todos resignado a su pérdida, esa reaparición me parece desoladora.

GRESFORD.—¿Que mi hermano está en el comedor? ¿Qué querrá decir todo esto? ¡Absurdo, absurdo! (Entran ARCHIBALDO y CECILIA, cogidos de la mano, y avanzan muy despacio hacia GRESFORD.) ¡Santo cielo! (Se apresura a separar a ARCHIBALDO de CECILIA.)

ARCHIBALDO.—Hermano Juan, he venido de Londres exclusivamente para decirte que estoy arrepentido de todas las molestias y disgustos que te he proporcionado y la decisión que he tomado de cambiar de género de vida en lo sucesivo. (GRESFORD le mira con ojos furibundos, sin tomar la mano que ARCHIBALDO le tiende.)

CECILIA.—¡Tío Juan! No irá usted a rehusar la mano de su propio hermano.

GRESFORD.—¡Por nada del mundo estrecharé esa mano! Su venida aquí me parece un insulto. ¡Él sabe de sobra por qué!

CECILIA.—¡No sea usted rencoroso, tío Juan! Todo el mundo tiene alguna buena cualidad. Precisamente, Ernesto acaba de hablarme de un amigo cuyo muy achacoso, el pobre Bunbury, a quien va muy a menudo. Y no cabe duda de que algo debe de haber en un hombre capaz de abandonar las diversiones de Londres para sentarse junto al lecho de un amigo enfermo.

GRESFORD.—¡Ah! ¿Conque te ha estado hablando de Bunbury?

CECILIA.—Sí, me ha estado contando lo mal que está ese pobre señor.

GRESFORD.—¡Bunbury! Bueno; pues de aquí en adelante te aseguro que no te hablará más de Bunbury ¡ni de nada!... ¡Es para volverse loco!

ARCHIBALDO.—(Con acento grave y emocionado.) Reconozco que todas las culpas son mías; pero debo confesar también que este desvío de mi querido hermano Juan me es particularmente penoso. Yo esperaba un recibimiento más efusivo, más cordial... Sobre todo, teniendo en cuenta que es la primera vez que yo vengo aquí.

CECILIA.—(Con tono de autoridad.) ¡Tío Juan, si no le da usted la mano inmediatamente a su hermano Ernesto, no se lo perdonaré en mi vida!

GRESFORD.—¿Que no perdonarás?

CECILIA.—¡En la vida!

GRESFORD.—Bueno; es la última vez que lo hago. (Le da la mano a ARCHIBALDO, mirándole con ojos centelleantes.)

ASCOT.—¿Qué agradable es ver una reconciliación tan perfecta!, ¿verdad? Creo que haríamos bien en dejar solos a los dos hermanos.

MISS PRISM.—Cecilia, tenga la bondad de acompañarnos.

CECILIA.—Con mucho gusto, miss Prism. Mi trabajo de reconciliación ha terminado.

ASCOT.—Ha llevado usted a cabo una acción muy hermosa, hija mía.

MISS PRISM.—No seamos prematuros en nuestros juicios. *(Salen todos, excepto GRESFORD y ARCHIBALDO.)*

GRESFORD.—*(Acercándose a ARCHIBALDO con aire amenazador.)* Oye, grandísimo fresco, vas a hacerme el favor de irte inmediatamente. ¡A bunburyzar a otra parte!

*(Entra ANSELMO.)*

ANSELMO.—He puesto las cosas del señorito Ernesto en la alcoba contigua a la del señor. ¿Está bien así?

GRESFORD.—¿Qué?

ANSELMO.—Me refiero al equipaje del señorito Ernesto. Lo he desempaquetado todo y lo he puesto en la alcoba contigua a la del señor.

GRESFORD.—¿Su equipaje?

ANSELMO.—Sí, señor. Tres maletas, un estuche de tocador, dos sombreros y una cesta grande de merienda.

ARCHIBALDO.—Sí, creo que no podré estar con vosotros más de una semana.

GRESFORD.—Anselmo, que enganchen el coche inmediatamente. El señorito Ernesto ha recibido un aviso que le obliga a regresar esta misma tarde a Londres.

*(ANSELMO saluda y vase.)*

ARCHIBALDO.—¿Cuidado que eres embustero, Juan! Yo no he recibido ningún aviso.

GRESFORD.—Sí has recibido.

ARCHIBALDO.—Pues no me he enterado.

GRESFORD.—Tu deber de caballero te llama a Londres con urgencia.

ARCHIBALDO.—Mi deber de caballero nunca ha tenido nada que ver con mis diversiones.

GRESFORD.—Ya lo veo. No necesitas jurármelo.

ARCHIBALDO.—Además, Cecilia es preciosa.

GRESFORD.—¡Te prohibo que hables así de miss Morris! No me hace la menor gracia.

ARCHIBALDO.—Bueno; tampoco me hace gracia a mí ese traje absurdo que te has puesto. Te aseguro que estás de lo más ridículo. ¿Por qué no vas a mudarte? Resulta pueril estar de luto por un hombre que se va a pasar una semana en tu casa en calidad de huésped. Hasta grotesco resulta.

GRESFORD.—Puedes tener la seguridad de que no pasarás aquí una semana, ni mucho menos. En el tren de las cuatro y cinco sales para Londres.

ARCHIBALDO.—En manera alguna puedo irme dejándote de luto. Sería una falta de cariño. Me parece que si yo estuviera en tu lugar, tampoco tú te irías dejándome tan afligido, ¿verdad? Te aseguro que no estaría nada bien.

GRESFORD.—Bueno; ¿te irás si me cambio de traje?

ARCHIBALDO.—Sí, con tal de que no tardes demasiado. No conozco a nadie que tarde tanto en vestirse, y con tan escaso resultado.

GRESFORD.—Hijo mío, eres de una presunción ridícula. Y tu conducta conmigo es un insulto, y tu presencia en mi jardín, el colmo de lo absurdo. Vuelvo a repetirte que en el tren de las cuatro y cinco saldrás para Londres. ¡Buen viaje! Este bunburysmo, como tú dices, no ha sido un gran éxito que digamos. *(Entra en la casa.)*

ARCHIBALDO.—¿Pues no sé qué más éxito iba a ser! ¡Me he enamorado de Cecilia, que era lo esencial! *(Entra CECILIA por el fondo del jardín. Coge la regadera y se pone a regar las flores.)* Pero es preciso que la vea antes de irme y que nos pongamos de acuerdo para otra excursión bunburysta. ¡Ah, aquí está!

CECILIA.—¡Oh! No he venido más que a regar estas rosas. Creía que estaba usted con el tío Juan.

ARCHIBALDO.—Se ha ido a decir que enganchen el coche.

CECILIA.—¡Ah! ¿Va a llevarle a usted a dar una vuelta?

ARCHIBALDO.—¡Va a llevarme a la estación!

CECILIA.—¿A la estación? Entonces, ¿vamos a tener que separarnos?

ARCHIBALDO.—Así parece. ¡Qué horrible separación!

CECILIA.—Siempre es penoso separarse de los amigos recientes. La ausencia de los antiguos puede sobrellevarse con cierta ecuanimidad; pero la separación, por momentánea que sea, de una persona que se acaba de conocer, resulta casi insoportable.

ARCHIBALDO.—Gracias, prima Cecilia, gracias.

(*Entra ANSELMO.*)

ANSELMO.—El coche espera a la puerta, señorito. (ARCHIBALDO lanza a CECILIA una mirada de súplica.)

CECILIA.—Que espere, Anselmo..., cinco minutos. (ANSELMO saluda y vase.)

ARCHIBALDO.—Espero, Cecilia, que no se ofenderá usted si le digo con toda franqueza y sin rodeos que me parece usted, por todos conceptos, la perfección absoluta en persona.

CECILIA.—Esa franqueza le honra a usted, Ernesto. Si no tiene usted inconveniente, voy a anotar en mi diario esa observación. (*Se dirige a la mesa y pónese a escribir en el diario.*)

ARCHIBALDO.—¿Cómo? ¿Lleva usted realmente un diario? Daría cualquier cosa por echarle una ojeada. ¿Me lo permite usted?

CECILIA.—¡Oh, no, de ningún modo! (*Tapando el cuaderno con la mano.*) Usted comprenderá que esto

no es más que una relación de los pensamientos e impresiones de una muchacha y, como tal, destinado a la publicación. Espero que, cuando aparezca en volumen, comprará usted un ejemplar, ¿verdad? Pero tenga usted la bondad de proseguir, Ernesto. Me encanta escribir al dictado. Estábamos en lo de "perfección absoluta". Puede usted continuar.

ARCHIBALDO.—¡Jem! ¡Jem!

CECILIA.—¡Oh, nada de toser, Ernesto! Cuando se dicta debe uno hablar de corrido y sin toser. Además, no sé cómo se escribe la tos. (*Va escribiendo a medida que habla ARCHIBALDO.*)

ARCHIBALDO.—(*Hablando muy de prisa.*) Cecilia, desde que vi por primera vez su maravillosa e incomparable belleza, me he atrevido a amarla a usted locamente, apasionadamente, desesperadamente.

CECILIA.—No creo que deba usted decirme que me ama locamente, apasionadamente, desesperadamente. ¿No le parece a usted que ese desesperadamente carece, por decirlo así, de sentido?

ARCHIBALDO.—¡Cecilia!

(*Entra ANSELMO.*)

ANSELMO.—Señorito, el coche está preparado.

ARCHIBALDO.—Dígale usted que vuelva la semana próxima, a la misma hora.

ANSELMO.—(*Después de mirar a CECILIA, que permanece impassible.*) Muy bien, señorito.

CECILIA.—Me parece que al tío Juan no le hará mucha gracia saber que piensa usted quedarse hasta la semana próxima, a la misma hora.

ARCHIBALDO.—¡Bah, me tiene sin cuidado Juan! Ya no me importa más ser en el mundo que usted. La adoro a usted, Cecilia. ¿Quiere usted ser mi mujer?

CECILIA.—¡Tonto! ¡Pues claro que sí! ¡Como que hace tres meses que tenemos relaciones!

ARCHIBALDO.—¿Tres meses?

CECILIA.—Sí, el jueves hará los tres meses justos.

ARCHIBALDO.—Pero... ¿y cómo es que hemos tenido relaciones?

CECILIA.—Pues muy sencillo. Desde que el tío Juan nos dijo que tenía un hermano que era un perdido, usted, como es natural, se convirtió en el tema de mis conversaciones con miss Prism. No hace falta decir que un hombre del que se habla tanto, acaba siempre por resultar atractivo. El caso es que, locura o no, me enamoré de usted, Ernesto.

ARCHIBALDO.—¿Amor mío! ¿Y qué día empezaron nuestras relaciones?

CECILIA.—El 14 de febrero pasado fue cuando se declaró usted. Desesperada por la absoluta ignorancia en que estaba usted de mi existencia, decidí concluir de un modo o de otro, y después de una larga lucha conmigo misma, le dije a usted que sí debajo de este árbol. Al día siguiente compré este anillo en nombre de usted, y ésta es la pulsera que le prometí no quitarme nunca.

ARCHIBALDO.—¿Y fui yo quien se la dio a usted? Es muy bonita, ¿verdad?

CECILIA.—¿Ah, si usted tiene muy buen gusto, Ernesto! Yo, es la excusa que siempre he dado a la mala vida que llevaba usted. Y aquí está la caja en que conservo todas sus cartas. *(Se arrodilla en la silla, abre la caja y enseña las cartas, atadas con una cinta azul.)*

ARCHIBALDO.—¿Mis cartas? ¿Pero mi adorada Cecilia, si yo no le he escrito a usted ninguna carta!

CECILIA.—No necesita usted recordármelo, Ernesto. De sobra sé que me las he tenido que escribir yo misma. Tres veces por semana; sin contar las extraordinarias.

ARCHIBALDO.—¿Me deja usted que las lea, Cecilia?

CECILIA.—¿Imposible! Se volvería usted demasiado vanidoso. *(Volviendo a guardarlas en la caja.)* Las tres que me escribió usted después que reñimos son tan hermosas, y con tal mala ortografía, que hoy mismo no puedo leerlas sin llorar un poco.

ARCHIBALDO.—¿Pero es que reñimos alguna vez?

CECILIA.—Naturalmente. El 22 de marzo. Aquí puede usted verlo, si quiere. *(Enseñándole el diario.)* "Hoy, ruptura de relaciones con Ernesto. Comprendo que es necesaria. El tiempo continúa hermosísimo."

ARCHIBALDO.—Pero ¿por qué fue esa riña? ¿Qué había hecho yo? ¿Si yo no había dado el menor motivo! La verdad, Cecilia, me disgusta en extremo saber que reñimos. Sobre todo haciendo un tiempo tan hermoso.

CECILIA.—¿Usted no sabe que no puede haber relaciones formales sin una riña, por lo menos? Pero yo le perdono a usted antes de acabar la semana.

ARCHIBALDO.—*(Arrodillándose delante de Cecilia.)* ¡Es usted un ángel, Cecilia!

CECILIA.—¿Y usted, qué romántico, Ernesto! *(ARCHIBALDO le besa una mano. Ella le acaricia los cabellos.)* Supongo que este ondulado será natural, ¿verdad?

ARCHIBALDO.—Sí, amor mío; con una pequeña ayuda ajena.

CECILIA.—¿Cuánto me alegro!

ARCHIBALDO.—¿Verdad que no volverá usted a romper nuestras relaciones, Cecilia?

CECILIA.—¿A qué santo, ahora que nos hemos conocido?... Además, hay que tener en cuenta el nombre...

ARCHIBALDO.—¿El nombre?

CECILIA.—No se ría usted de mí; pero el caso es que siempre fue mi sueño dorado tener un novio que se llamase Ernesto. *(ARCHIBALDO se pone de pie.)* No sé qué tiene este nombre, que me fascina. Todos

los demás, a su lado, me parecen feos. Compadezco a las infelices cuyos maridos no se llaman Ernesto.

ARCHIBALDO.—Pero, querida Cecilia, ¿no querrá usted decir que no podría quererme si me llamase de otro modo?

CECILIA.—¿Cómo? ¡A ver!

ARCHIBALDO.—¿Qué sé yo!... Archibaldo, por ejemplo...

CECILIA.—¿Archibaldo? ¡Qué horror!

ARCHIBALDO.—Pues no sé, amor mío, qué tiene usted que objetar al nombre de Archibaldo. Es un nombre precioso, aristocrático, nada común. Sí, nada común. Y suena un poco a tiempos pasados. ¡Archibaldo!... Pero, en serio, Cecilia; si mi nombre fuese Archibaldo, ¿no podría usted seguir queriéndome?

CECILIA.—Podría respetarle a usted, Ernesto; podría admirar su carácter; pero quererle..., la verdad, creo que no me sería posible...

ARCHIBALDO.—¡Jem! Cecilia (*Cogiendo su sombrero*), el párroco de aquí, supongo que estará al corriente de todas las prácticas y ceremonias de la iglesia, ¿verdad?...

CECILIA.—¡Oh, el reverendo Ascot es un verdadero sabio! Figúrese que todavía no ha escrito ningún libro.

ARCHIBALDO.—Necesito verle en seguida. Se trata de un asunto importantísimo.

CECILIA.—¿Sí?

ARCHIBALDO.—Dentro de media hora estoy de vuelta.

CECILIA.—Teniendo en cuenta que somos novios desde el 14 de febrero, y que acabo de conocerle hoy, me parece demasiado tiempo media hora. ¿No podría usted reducirlo a veinte minutos?

ARCHIBALDO.—¿Qué veinte minutos! ¡Vuelvo al instante! (*Da un beso a CECILIA y se aleja corriendo por el jardín.*)

CECILIA.—¿Qué impetuosidad! ¡Y qué pelo tan bonito tiene! Voy a apuntar su declaración en mi diario.

(*Entra ANSELMO.*)

ANSELMO.—Miss Bracknell pregunta por míster Gresford. Se trata de una cuestión de suma importancia, según parece.

CECILIA.—¿No está míster Gresford en la biblioteca?

ANSELMO.—El señor salió hace un rato en dirección a la parroquia.

CECILIA.—Diga usted a esa señorita que pase aquí. Seguramente el señor no tardará en volver. Y sirva usted el té. (*ANSELMO saluda y vase.*) ¡Miss Bracknell! Sin duda una de esas señoras ancianas de Londres que se ocupan con el tío Juan en obras filantrópicas.

(*Entra ANSELMO.*)

ANSELMO.—¡Miss Bracknell!

(*Entra SUSANA. Sale ANSELMO.*)

CECILIA.—(*Adelantándose hacia ella.*) Permítame usted que me presente yo misma: Cecilia Morris.

SUSANA.—¿Cecilia Morris? (*Ambas se dan un apretón de manos.*) ¡Un nombre precioso! Presiento que vamos a ser grandes amigas. Me es usted extraordinariamente simpática. Yo nunca me engaño en mis primeras impresiones.

CECILIA.—Es usted muy amable en tenerme esa simpatía que dice, dado el poco tiempo, relativamente, que nos conocemos. Tenga usted la bondad de sentarse.

SUSANA.—(*Aún en pie.*) ¿No tiene usted inconveniente en que la llame Cecilia, verdad?

CECILIA.—¡Encantada!

SUSANA.—¿Y usted me llamará siempre Susana, no es cierto?

CECILIA.—Si usted quiere...

SUSANA.—Entonces, todo está ya arreglado, ¿no es eso?

CECILIA.—Así parece. *(Una pausa. Siéntanse ambas, una junto a la otra.)*

SUSANA.—Quizá sea éste el momento de explicarle quién soy. Mi padre es lord Bracknell. Supongo que usted no habrá oído hablar nunca de él, ¿verdad?

CECILIA.—No creo...

SUSANA.—Fuera de la familia, papá es poco conocido. ¡Afortunadamente! El hogar es la verdadera esfera del hombre, ¿no le parece a usted?... Cecilia, mamá, que tiene respecto a educación ideas muy severas, me ha enseñado a ser sumamente corta de vista. Esto forma parte de su sistema. ¿Le molestaría a usted que la mirase con mis impertinentes?

CECILIA.—¡Oh, en absoluto, Susana! A mí me agrada mucho que me miren.

SUSANA.—*(Después de examinar atentamente a Cecilia con sus impertinentes.)* Y qué, ¿ha venido usted aquí de visita, no es eso?

CECILIA.—No. Vivo aquí.

SUSANA.—*(Con cierta severidad.)* ¿De veras? Sin duda su madre, o alguna parienta de edad, reside también aquí...

CECILIA.—¡Oh, no! No tengo padre; ni, en realidad, ningún pariente.

SUSANA.—¿Es posible?

CECILIA.—Mi querido tutor, con ayuda de miss Prism, es quien se ocupa de mí.

SUSANA.—¿Su tutor?

CECILIA.—Sí, mi tutor: mister Gresford.

SUSANA.—¡Ah!, es raro que no haya dicho nunca que tenía una pupila. ¡Qué reservado! Por momentos se hace más interesante. Sin embargo, no creo que la noticia me regocije demasiado. *(Poniéndose en pie*

*y acercándose más a ella.)* Mi querida Cecilia: me es usted extraordinariamente simpática; me lo fue usted desde el primer momento; pero debo confesar que ahora que sé que es usted pupila de mister Gresford, no me desagradaría que fuese usted un poco menos joven... y de apariencia menos atractiva. Realmente, si puedo expresarme con franqueza...

CECILIA.—¡No faltaba más! Siempre que se tiene algo desagradable que decir, debe uno hablar con franqueza.

SUSANA.—Bueno; pues para hablar con toda franqueza, Cecilia, no me desagradaría que tuviese usted cuarenta y dos cumplidos, y fuera más fea de lo que se suele ser a esa edad. Ernesto tiene un espíritu muy recto. Es la verdad y el honor personificados. La infidelidad le sería tan imposible como la desilusión. Pero hasta los caracteres más nobles y honrados son sensibles a los encantos físicos. La historia moderna, lo mismo que la antigua, nos ofrece una porción de lamentables ejemplos de lo que digo. Como que si no fuera así, la Historia resultaría completamente ilegible.

CECILIA.—Usted perdona, Susana. ¿Dijo usted Ernesto?

SUSANA.—Sí.

CECILIA.—¡Ah!, pero mi tutor no es mister Ernesto Gresford, sino su hermano..., su hermano mayor.

SUSANA.—*(Sentándose de nuevo.)* ¿Ernesto nunca me ha dicho que tuviera hermano?

CECILIA.—Siento decir que durante mucho tiempo no han estado en buenas relaciones.

SUSANA.—¡Ah, eso lo explica todo! Me ha quitado usted un peso de encima, Cecilia. Estaba ya preocupada. Hubiera sido terrible que una amistad como la nuestra se empañase, ¿verdad?... Entonces..., ¿está usted segura, completamente segura, de que su tutor no es mister Ernesto Gresford?